QUIEN DE LLEVAR CUENTAS HUYE, SU CASA DESTRUYYE.

DOMINGO 13 ORDINARIO CICLO A

Por siglos y siglos, el matrimonio no era propiamente un asusto que cada quien podía disponer a su antojo. Más bien eran cosas de familias, que ya desde pequeños iban pensando con quién acomodarían a cada uno de los hijos. Pienso, sin estar seguro que así se decidiría el matrimonio de la que sería la

Madre de Dios, la Virgen María y José, que luego sería padre adoptivo de Cristo Jesús. Pero las cosas se complicaban más para los individuos cuando se trataba de familias nobles o reales, porque con las bodas, se trataba entonces de consolidar los reinos o los principados, con la hija del rey fulano, con el hijo del rey mengano. Y ya nos podemos imaginar la tragedia que se viviría cuando alguien se atrevía a contradecir los designios de los padres. Vendrían consecuencias graves, ser desheredado, segregado, juzgado durante e incluso castigado con la muerte, por oponerse a tratados que aseguraban la supervivencia de la familia o del reino. Entendemos que fuera de los tratados reales o principescos, la persona tiene que tener la libertad suficiente para definir su

futuro y su propia fortuna. Los clanes familiares eran absorbentes y muchas veces absolutamente contrarios a la vocación personal. Unos polvos de aquellos lodos se vivió en Inglaterra cuando el príncipe Harry con su esposa decidieron renunciar a los privilegios de la casa real, para hacer su propia vida, con gran dolor de la reina Doña Isabel II. Pesemos en gente que decidía caminar por los sederos del sacerdocio, que efectivamente eran desheredados y juzgados severamente porque su sacerdocio era considerado una afrenta a los designios paternales, familiares o de los clanes.

Así podemos entender la afirmación que de primera vista nos parece inaceptable,

pero que en el fondo viene a corroborar nuestra afirmación, pues para seguir a Cristo, para ser un verdadero cristiano, hay que romper incluso con los lazos familiares para poder seguir la propia vocación. Las palabras textuales de Cristo son muy claras: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. El que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí y el que no toma su su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que salve su vida la perderá y el que la pierda por mí, la salvará”.

Ven entonces mis hermanos, que Cristo no reniega del amor, del afecto, del cariño y del respeto que nos debemos unos a otros en el matrimonio y en la familia, sino el saber que para el seguimiento de

Cristo hay necesidad de anteponerlo a cualquier gusto o determinación de los propios padres. Conocí a una pareja de amigos, enfermera ella e ingeniero de sanidad él, que se conocieron desde jóvenes. Por distintos caminos, ambos eran sumamente religiosos y cuando se conocieron y se formalizaron, vieron que sus piensos eran dedicar su tiempo a mejorar las condiciones precarias delos más pobres de la población. Cuando se lo manifestaron a los respectivos padres, ellos pusieron el grito en el cielo, pero bien aconsejados, realizaron su matrimonio y poco tiempo después emprendieron el camino hacia una de las regiones más pobres de su África, donde se dedicaron a mejorar las condiciones de ese país, y de tiempo completo ambos se

dedicaban a la evangelización. Siendo personas perfectamente normales, pudieron prosear varios hijos y cuando éstos comenzaron a crecer, con esfuerzos realizaron un viaje para que los abuelos conocieran a sus nietos. Cuando estuvieron frente a frente, con lágrimas en los ojos, los padres tuvieron que reconocer lo errados que andaban al negarse al matrimonio de sus hijos.

Vean entonces que eso de aceptar la cruz, no es cerrar los ojos o desviar la mirada cuando te das cuenta que millares y millares de seres viven en la más lacerante miseria, mientras los ricos se enriquecen cada vez más a costa de los pobres y de las gentes a las que se les negaron las condiciones para encontrar su

propia superación, además de que las naciones poderosas, destrozan sin piedad el medio ambiente, robando a los primitivos moradores sus recursos naturales con el único afán de riqueza, aunque eso conlleve la contaminación de los ros, los lagos o los mismo océanos.

Cristo está invitando a una auténtica cruzada para erradicar de nuestra Iglesia la comodidad de tantos y tantos cristianos que piensan que por una asistencia mal humorada a la Misa dominical, que por llevar una cruz al pecho y por participar en una peregrinación anual ya tienen ganado el cielo. Se necesita mucho más que eso, una entrega, un compromiso con los más pobres, con los más necesitados, con aquellos a los que el mundo les ha

negado la posibilidad de superarse, sumiéndoles en una condición infrahumana.

¿Qué les parece a mis lectores el planteamiento de Cristo Jesús? ¿Seremos verdaderamente discípulos suyos con todas las consecuencias que esto implica en cambios de nuestra vida?

Tu amigo el P. Alberto Ramírez Mozqueda te invita a difundir el mensaje. Estoy en alboramosq@gmail.com